
LOS MILAGROS DE JESÚS

COMO JUBILEO EN EL EVANGELIO

DE MARCOS*

Leif E. Vaage**

Resumen: neste artigo e com base em três milagres de Jesus, no evangelho de Marcos, aprofunda-se a compreensão de práticas de “jubileu”, em que se complicam os esquemas com os quais se busca imaginar o que é milagroso. Os textos são Mc 5,1-20 (o endemoninhado de Gerasa); 5,24-34 (a mulher com fluxo de sangue) e 7,24-30 (a mulher sirofenícia). O resultado da análise exegética é um conceito de milagre que admite a rejeição generalizada, a iniciativa própria e o compromisso.

Palabras-clave: Milagres de Jesus. Evangelho de Marcos. Jubileu. Endemoninhado de Gerasa. Mulher com fluxo de sangue e a sirofenícia..

Llegué a conocer, poco a poco, a Haroldo Reimer, cuando ambos participábamos con una cierta frecuencia en las reuniones anuales de la Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana. Esto fue durante la última década del último siglo del presente fin del mundo y también por un tiempito después, cuando todavía había dinero disponible, de alguna diosa ecuménica, para cubrir los gastos de viaje y de alojamiento relacionados con ese tipo de encuentro. A Haroldo lo vinculo todavía, pues, con lo que se manifestó en aquel entonces como su predilecto eje hermenéutico, es decir el tema del año sabático (jubileo) y lo ecológico. Asimismo, por alguna razón que no logro aclararme bien, a Haroldo lo vinculo exegéticamente con el libro de Deuteronomio. Siempre puede que con esta vinculación yo vaya confundiendo algunos intereses míos con los suyos. ¿O es que el conocido versículo del libro de Deuteronomio (30,19), que dice: [I call heaven and earth to witness against you this day, that I have set before you life and

* Recebido em: 13.11.2015. Aprovado em: 08.12.2015.

** Docente no Emmanuel College/ Victoria University/ University of Toronto. E-mail: leif.vaage@utoronto.ca.

death, blessing and curse; therefore choose life, that you and your descendants may live], me viene a la mente como una especie de resumen de la preocupación principal que animó tanto el trabajo exegético de Haroldo como el mío en los números de RIBLA en que ambos colaboramos?

De todas maneras, entiendo este ensayo como otro aporte al mismo afán, ya compartido hace casi 25 años, pues en este artículo busco profundizar en los milagros de Jesús en el evangelio de Marcos como una especie de “jubileo” en un mundo hecho todo lo contrario. El jubileo como signo de vida donde reina la muerte, como nicho ecológico, todavía viable, a pesar del desastre que lo circunde e inunde.

En otro artículo, recién publicado en la revista Fragmentos de Cultura, espero haber explicado por qué pienso que el rostro de Dios en el evangelio de Marcos se vislumbra por excelencia en los milagros de Jesús. En Jerusalén – en el evangelio de Marcos – no pasa nada sino puro desastre, tanto para Jesús con su grupo de doce discípulos como para el templo con todo el aparato socio-político relacionado con esta institución. Por eso será que, llegado al último versículo de la obra, todo se vuelve un silencio absoluto, o sea, una escena en escombros. Ni el cuerpo difunto (*ptôma*) de quien había sido Jesús de Nazaret (véase Mc 15,45) se encuentra. Y por supuesto tampoco están los doce discípulos: ya se dieron a la fuga antes de ser Jesús juzgado y crucificado. Por eso es que ellos no saben nada de lo acontecido después. Y las mujeres las que, sí, estaban a la hora de morir Jesús (mirando desde lejos: véase Mc 15,40) y vieron donde ese quedó sepultado (véase Mc 15,47), cuando se dan con el hecho de que el cadáver (véase Mc 15,45) ya no está ahí (véase Mc 16,6: *ouk estin hôde*), también ellas se hacen humo, apoderadas de espanto (*tromos*) y enloquecidas, se supone, del miedo (*ekstasis*; cf. Mc 3,21), porque “no dijeron nada a nadie, pues estaban aterrorizadas” (Mc 16,8).

La historia que el evangelista empezó con la frase: “Comienzo del evangelio de Jesucristo hijo de Dios... (Mc 1,1) y cuya parte primera se realiza mayormente en Galilea y sus alrededores, se lleva a cabo en (el ámbito de) la ciudad de Jerusalén, donde todo, ya desde el capítulo 13 de la obra, va quedando cada vez más deshecho. En este contexto, la palabra “todo” quiere decir todo lo que podría ser entendido como motivo de esperanza para un judío como el evangelista del período del Segundo Templo.

Según el evangelio de Marcos, la ciudad de Jerusalén ya no pudo ser entendido sino como signo de muerte. Ahí no se dio a conocer ninguna “buena nueva”. Habría que volver a Galilea, como se dice explícitamente en el texto (véase Mc 14,28; 16,7), aunque ese regreso no es realizado como parte del relato que constituye el evangelio de Marcos, como tal: ni el Jesús resucitado ni cualquiera de los doce escogidos ni una de las tres mujeres que entraron en la llamada tumba

vacía (que realmente no estaba vacía, pues había un joven sentado en el interior) vuelve a Galilea como parte del mundo narrado del evangelio de Marcos. No obstante, queda claro: para “ver” al anterior Jesús de Nazaret “de nuevo”, o sea, más allá de su evidente desmoronamiento en Jerusalén, no valdría quedar, todavía plantado, en la ciudad de Jerusalén, dentro del trauma de este mundo desarticulado, sino que habría que retomar el camino que antes iba por Galilea (es decir: *eis tèn Galilaian*), donde Jesús ya se había puesto a andar (véase Mc 16,7: *proagei hymas...*). Y ese camino no era, según el evangelio de Marcos, sino la realización de una(s) “cadena(s) de milagros,” uno tras otro (más algunas otras cositas).

Lo que busco poner de relieve en este artículo es el hecho de que los milagros de Jesús, los que, por excelencia, representarían el rostro de Dios en el evangelio de Marcos, no son todos iguales. Son todos milagros, por decirlo así, pero cada uno es distinto. No es como cualquier otro. O sea, el “jubileo” que es este rostro de Dios no es vivido en el evangelio de Marcos siempre de la misma manera. Hasta podríamos decir: es un jubileo que no se deja generalizar. No es receta. Tampoco un mejor plan de gobierno (al cual, sin embargo, tampoco se opone). Más bien, es una especie de apertura, tipo fisura en la realidad que se ha vuelto, cada vez más, una fachada de piedra. La realidad impermeable. Insensible a lo que es la vida.

Trabajar, uno por uno, los diferentes milagros de Jesús en el evangelio de Marcos es como pasar, sucesivamente, por una serie de “puertas de raya” a otro mundo “subterráneo”, o latente, que sería una realidad alternativa, todavía no realizada sobre la tierra. Como si fuésemos especialistas en espeleología, vamos a entrar, pues, en algunas de estas “cuevas de esperanza”, buscando ahí como pozo de agua el jubileo capaz de refrescar nuestra alma fatigada por travesar, todos los días, la dura superficie de la supuesta normalidad.

Obviamente no puedo comentar aquí todos los milagros de Jesús en el evangelio de Marcos, pues no tengo permiso para escribir tanto. Son únicamente tres los milagros en los cuales voy a profundizar. No obstante, deben ser suficientes para constatar la particularidad de cada uno. Los tres milagros son los textos en Mc 5,1-20; 5,24-34; y 7,24-30. En el primero, los vecinos no quieren el milagro hecho por Jesús. En el segundo, Jesús no sabe ni cómo ni por quién el milagro se hizo. Y en el tercero, Jesús no quiere hacer ningún milagro, el cual, sin embargo, se ve obligado a realizar.

EL ENDEMONIADO DE GERASA (Mc 5,1-20)

Veamos el primer texto, en Mc 5,1-20, que relata el caso de un endemoniado ingobernable, ubicado en el territorio de la ciudad de Gerasa. ¿Cómo es que se hizo

presente el rostro de Dios como especie de jubileo en este caso? Obviamente tiene algo que ver con el proceso de replanteamiento que fue la sanación del endemoniado. Pero, ¿cómo es que se llevó a cabo, concretamente? Al comienzo del relato, el pobre afligido anda entregado a todo lo que es la muerte. Por eso es que no hubo forma de controlarlo. Está fuera de todo marco socio-humano. Mora al margen de la llamada normalidad, en una zona donde rige lo supuestamente salvaje, lo endemoniado, la violencia desencadenada, la que, como serpiente que se muerde la cola, no puede dejar de practicarse, aunque sea a veces, como en este caso, a costa de herirse, el endemoniado, a sí mismo con piedras (Mc 5,5). Éste vive dentro de una especie de caos primordial, en un llamado “estado de natura” (*state of nature*), como lo diría el filósofo inglés Tomás Hobbes del siglo XVII d.C. Jesús se topa con un hombre, hecho bestia, que es un ser humano reducido a otra “condición subhumana” (que no es “la condition humaine” según Montaigne en sus conocidos ensayos).

Ahora bien, desde esta condición de vida marginal, en un lugar social que suele ser identificado con lo salvaje, con lo endemoniado, con la violencia desencadenada, a Jesús el endemoniado lo reconoce como “Hijo de Dios Altísimo” (Mc 5,7). Como es de conocimiento común, en la parte primera del evangelio de Marcos son únicamente los demonios inmundos los que reconocen a Jesús, y saben con certeza quién éste es (véase, además, Mc 1,24.34; 3,11). En cambio, todos los demás – tanto los vecinos y enemigos de Jesús como sus familiares y discípulos, más íntimos – no logran captar lo que se pone de manifiesto mediante la persona de Jesús, aunque saben con certeza que Jesús y su forma de ser no caben en la normalidad.

Así el reconocimiento de Jesús como “Hijo de Dios Altísimo”, en Mc 5,7, nos lleva fuera del marco de la llamada realidad. Andamos ahora al borde de lo conocido, de lo típico. Más allá de lo propiamente humano. Nos conduce el reconocimiento de Jesús como “Hijo de Dios Altísimo” hacia otro mundo sobrehumano o, mejor dicho, ultra-humano, extra-humano. Es un mundo peligroso. Al menos, no carece de una cierta violencia.

De todas maneras, a mí me ha llamado la atención el hecho de que los demonios que tomaron posesión del endemoniado de Gerasa temen sufrir lo que ellos llaman “tortura” a manos de Jesús (Mc 5,7: *mê me basanisês*). Pareciera que el rostro de Dios el que se da a conocer en este milagro, el cual todavía está por acontecer, tuviera algo de amenaza, o experiencia terrible. Algo de dolor. Como si este Jesús-milagrero fuera una especie de verdugo, venido con todos sus instrumentos de castigo. Como si fuera un *mysterium* más *tremendum* que *fascinans*. Aunque no sea desconocido el hecho de quedar fascinado con lo que a uno más le duele (sin hablar del conocido “síndrome Estocolmo”).

Dicho esto, impresiona que el próximo paso del encuentro de Jesús con el endemoniado de Gerasa sea una especie de diálogo. Es decir tipo tregua. Un momento para regatear. Aunque Jesús tuviera todo el poder del Dios altísimo y el espíritu inmundo del endemoniado fuera de los peores, el rostro de Dios aquí manifestado no deja de hablar. Sabe escuchar. Acepta que el más malvado también tenga derecho a proponer su propuesta de alternativa.

Ahora bien, hay otra curiosidad. Lo primero que hace Jesús, en Mc 5,8, es mandar salir al espíritu inmundo del hombre poseído. Pero enseguida después, sin haberle dado tiempo a ese espíritu para cumplir con la orden, Jesús le pregunta: “¿Cómo te llamas?”. Como si Jesús se diera cuenta de haberse adelantado, demasiado rápido, con su primer mandamiento. ¿O es que su primer mandamiento obviamente no iba a funcionar y por eso es que Jesús, aunque siga siendo hijo del Dios altísimo, se ve obligado a desarrollar otro método de intervenir en el caso? (Con respecto a esta curiosidad, hablar de “costura” literaria como aclaración de la evidente falta de lógica exorcista podría tener alguna razón, pero asimismo no ayuda a entender el texto tal como es presentado en el evangelio de Marcos.) De todas maneras, nos encontramos a medio caminar con un intervalo, que es el espacio del diálogo, recién entablado.

Los dos protagonistas empiezan a intercambiar perspectivas. Mucho se ha escrito sobre la respuesta que a la pregunta de Jesús le da el espíritu inmundo. Este tema, sin embargo, no nos dice mucho con respecto a nuestro tema en este artículo. Porque, sea lo que fuera el significado de Legión como nombre del demonio y además de su deseo a quedarse en el lugar, no son estos elementos los que definan la lógica del texto, es decir que el desarrollo del relato no depende de ellos. No representan, pues, el interés propio del evangelista como narrador. A Jesús le propone el espíritu inmundo una propuesta alternativa de desalojo, por así decirlo, y el hijo (rostro) de Dios Altísimo la acepta. Los dos se ponen de acuerdo: al demonio Jesús le da permiso para hacer lo que acaba de pedirle, a condición de salir del hombre afligido. Y, sin más, el milagro se realiza en base a ese acuerdo, cuyos pasos son, después de haber dejado Jesús de mandar los siguientes: primero, preguntar, después, escuchar, y finalmente aceptar una salida que a todos los comprometidos le da algo. El milagro es, en este caso, resultado de saber negociar.

Dicho esto, pareciera que a Jesús no le importara el fuerte costo económico del presente milagro. Pues lo que a Jesús le había propuesto el espíritu inmundo como otra posibilidad en vez de quedarse donde estaba, es decir el “precio” de su negociada “recompensa” por el repentino desalojamiento forzoso, es hacerse dueño de unos dos mil cerdos que por ahí andaban pastoreando. Sin más, Jesús había dado la respuesta, poco pensada: “¡Que vayan, pues!” (Mc 5,13), mostrando así, podríamos pensar, una falta de responsabilidad socio-económica plena.

Y por supuesto, sin duda alguna, poca consideración por la contabilidad. El milagro deja ver cuán poco “realista” es su forma de jubileo. Como rostro de Dios, está fuera de la lógica, o de la racionalidad, de lo normal. Obviamente pone la sanación del hombre afligido por encima de cualquier preocupación por los recursos materiales que requiere. ¿Es sostenible?

De nuevo, el triste destino de los cerdos no nos dice mucho con respecto a nuestro tema en este artículo. Asimismo, reconozco que los cerdos también tienen derecho a la vida. Además, fue solo por la mala suerte de haberse encontrado ahí en la montaña (Mc 5,11) a la hora que Jesús aceptó la propuesta del espíritu inmundo que tan pronto dejaron de existir. No hay milagro inocente de lo que pone en marcha. En otro momento, siempre puede que ya no parezca tan buen negocio.

De la misma manera, el hecho de ser llamado Legión el espíritu inmundo, que pide mudarse del pobre hombre afligido al señalado rebaño de cerdos, el cual se ahoga en un supuesto mar, arrojándose desde las alturas de un precipicio: todos estos elementos deben conjugarse de alguna manera en el relato, por ejemplo, como una especie de prolongada broma o burla, por no decir expresión de un cierto desprecio, o desahogo de resentimiento. No obstante, todos estos elementos sólo sirven en el texto, básicamente, para constatar cuán malo era el espíritu inmundo, el cual, al fin de cuento, ya no está. Aparece todo lo relacionado con el espíritu inmundo en el texto sólo para quedar, finalmente, anulado. Y ahí termina su papel en el relato.

El mal que fue el espíritu inmundo llamado Legión resulta ser algo pasajero. Fue una parte de la vida, sin duda alguna, desagradable, con toda su incertidumbre y toda su turbulencia. No obstante, a fin de cuentas, no define el milagro, como tal, que es el hombre “sentado, vestido y en su sano juicio” (Mc 5,15), ni con el milagrero, que aquí sería rostro de Dios Altísimo. Jesús no se ha movido del lugar donde quedó al lado del ahora ex-endemoniado de Gerasa, a quien todos los demás que vienen de la ciudad y de sus campos siguen mirando y calificando como el mismo endemoniado. El destino del hombre es el tema, al cual el relato da seguimiento.

Al ver a este hombre sano, y sin otro motivo mencionado en el texto, “todos los vecinos “se llenaron de terror” (Mc 5,15). El milagro que es el hombre “salvaje” devuelto a su plena “humanidad” termina sembrando, primero, un espanto generalizado. Si antes “nadie podía ya tenerlo atado, ni siquiera con cadenas” (Mc 5,3), si estos mecanismos de “seguridad nacional” resultaron ineficaces, y “nadie podía dominarlo” (Mc 5,4), ahora resulta que el verlo calmado y hasta bien racionalista (Mc 5,15: *sôfronounta*) es también motivo de miedo. Como si el mero cambio, aunque resolviera el anterior problema incontrolable, fuese más temible que el mal conocido.

Esta reacción de casi todo el pueblo congregado frente al jubileo, no previsto, o sea, frente a la reconquista de su “normalidad” de parte del endemoniado de Gerasa, es interesante. Pareciera que la sanación del endemoniado no estuviera bienvenida. Y no creo que fuese únicamente por el elevado costo económico del cambio, pues no fueron sólo los dueños de los cerdos los que a Jesús le empezaron a pedir salir de ahí, sino que todos los presentes, los que estuvieron pastoreando los cerdos y vieron lo acontecido tanto como los que vinieron de la ciudad y de sus campos, a quienes los pastores habían difundido la noticia, “comenzaron a rogarle que se alejara de su territorio” (Mc 5,17). El milagro es vivido por todo el mundo circundante al ex-endemoniado como una especie de disturbio público. Habría que echar al milagrero fuera del lugar lo más antes posible, pues representa un problema, amenaza con desordenar el mundo establecido, ya conocido, la supuesta normalidad de todos los demás.

Ante ese rechazo, tan contundente, de parte de la gran mayoría del pueblo que se asoma después, o sea, por el voto democrático, también es interesante la no-respuesta de Jesús. No les dice nada (véase, también, Mc 15,5). El relato no pone ni una sola oración de parte de Jesús para contestar el rechazo. Al contrario, en el versículo siguiente (Mc 5,18), mediante el uso de la forma gramática que se llama el genitivo absoluto, cuyo contenido describe una especie de realidad paralela, Jesús ya está embarcándose de nuevo, con una sola palabra de por medio, la que es la conjunción *kai*. Ante tal rechazo, el texto pone un silencio, casi tan profundo como el del último versículo de la obra.

En este caso, pues, Jesús no resiste el rechazo. Ya no busca imponer su criterio ni intenta reaccionar, sino que él también empieza a hacerse humo ante la evidente falta de voluntad o capacidad para imaginarse otro mundo, en el cual sea posible que un endemoniado vuelva a re-integrarse en la sociedad. Como rostro del Dios Altísimo, Jesús se torna, una vez más, presencia “utópica”. Pero, ¡ojo!, no es porque no sea posible realizar otra realidad sobre la tierra, sino porque se teme lo que esto implique.

Y ahí no termina la historia, pues, como ya se hizo notar, el milagro sigue siendo la vida re-conquistada del ex-endemoniado. En un primer momento, el hombre quiso ponerse al lado de Jesús, como uno más de los doce escogidos (véase Mc 3,14; 5,18: “para que estuviera[n] con él”). Pero Jesús no lo deja integrarse a este grupo (que ha de fracasar en el evangelio de Marcos). En cambio, Jesús lo manda para su casa para ahí darle noticia de su inesperada sanación. Pero el hombre hace más que mandado. No sólo comparte con los suyos “todo lo que el Señor le había hecho, mostrándole misericordia” (Mc 5,19), sino que también hace difundir la noticia ante todo el mundo de la región de Decápolis, dándole a conocer “todo lo que Jesús le hizo” (Mc 5,20).

El hombre se vuelve, una vez más, ingobernable, pero ahora como primer “apóstol” de Jesús, según el evangelio de Marcos (véase 5,19: *apaggeilon*; 5,20: *êrxati kyrussein*), y con el resultado de que quienes se lo escucharon “se maravillaban” (Mc 5,20). Esto quiere decir que reconocían la verdad de su milagro. Logró crear entre los suyos y con los vecinos otro concepto de lo posible. ¡No es cualquier cosa! Ni Jesús en su propio pueblo natal pudo hacerlo (véase Mc 6,1-6a).

UNA MUJER CON FLUJO DE SANGRE (Mc 5,24b-34)

Lo más interesante para nuestro tema en este caso es el hecho de que, aunque el milagro que sana a la mujer con flujo de sangre se realiza mediante Jesús, el mismo casi no sepa nada sobre lo acontecido. Sin duda alguna, el milagro que sana a la mujer pasa por su persona. Pero es como si Jesús fuera una especie de tubería milagrera, capaz de conducir el poder divino que finalmente da a la mujer lo que doce años de reiterado tratamiento médico no habían podido darle. Asimismo, esta tubería, como es propio de cualquier tubo, no tiene ningún contenido que le pertenezca. Más bien, su función, o eficacia, se debe al vacío que lo constituye, como tal.

Por eso es que Jesús termina afirmando – ¿cómo no? – que fue la fe de la mujer la que la salvó. Pues Jesús tiene que reconocer finalmente que él no había jugado ningún papel determinante para el milagro, pues ni sabe quién le tocó la ropa para conseguirlo. Sin duda alguna, la presencia física de Jesús es imprescindible para que a la mujer con flujo de sangre se le llegue el otro flujo sanador del poder divino que pasa por el cuerpo y por la ropa de Jesús. Pero esta presencia es imprescindible casi por casualidad, pues el milagro, de nuevo, no se debe a ningún acto de voluntad o toma de conciencia de parte de Jesús, sino únicamente al decidido acto de desesperación de la mujer. Por eso queda ella ya perfectamente sanada desde el versículo 29. Todo el resto del texto es puro comentario sobre este hecho.

Jesús sabe “en sí mismo” que “el poder había salido de él” (5,30), pero no sabe quién se lo sacó, tocándole la ropa. Esta ignorancia de parte de Jesús con respecto al destinatario del poder salido de él sirve en este caso, primero, para poner de relieve otra ignorancia, que es la de los discípulos, cada vez más evidente, con respecto a la persona de Jesús, pues ellos empiecen a decirle de una u otra manera (el verbo es imperfecto: *elegon*) que, dada la muchedumbre, su pregunta es tontería. Así se subraya la creciente tontería de los discípulos. Por eso Jesús no les hace caso, sino que sigue buscando ver, según el narrador del texto, quien obviamente sabe más que Jesús ahora, “a la mujer que le había hecho esto” (5,32). No hay por qué pensar que Jesús ya supiera que era una mujer

quién le había tocado la ropa, sino que es otro ejemplo del estilo literario, no tan refinado, o sea, ingenuo, del evangelista. De lo contrario, ¿cómo explicar, por un lado, que Jesús supiera que era una mujer quién le había tocado la ropa, pero, por el otro lado, que no supiera cuál? La realidad es que Jesús sólo sabe que se le había escapado “el poder” cuando su ropa estuvo tocada hasta que la mujer se presente y le diga “toda la verdad” (5,33).

Ahora bien, es curioso que la mujer haga esto, pues todavía nadie sabe aparte de ella misma quién fue responsable por la pérdida repentina de poder de parte de Jesús, y ella ya había conseguido lo que buscaba. Sin embargo, no se decide “hacerse humo” para evitar cualquier “malentendido”, o peores consecuencias, sino que se asoma ante Jesús para aclararle todo lo que había pensado y hecho. Por eso su “terror y miedo”, porque sabe que será fácil echarle el cargo de haberle “robado” el milagro a Jesús. No puede saber de antemano lo que ese le va a hacer como represalia. No obstante, no se esconde. No se da a la fuga. Se hace presente. Más allá de su decidida desesperación anterior se manifiesta con coraje. Con valentía. Con el deseo de vivir una vida “transparente”. Lo que Jesús reconoce, sin más, como prueba final del hecho de que “tu fe te ha salvado” (5,34). Por eso debe irse “hacia la paz” (*eis eirênên*) y “ser entera” (*isthi hygiês*) apartada de su aflicción anterior.

Lo importante de este episodio para nuestro tema es subrayar el hecho de que Jesús no es dueño de los milagros que se realizan mediante su persona en el evangelio de Marcos. Los milagros no forman parte de su “propiedad” personal. A Jesús no le pertenecen los milagros como si fueran únicamente otro atributo suyo, ni sirven sólo para articular la naturaleza de su personalidad como ser extraordinario (humano-divino). Más bien, son los milagros que se apoderan de Jesús en el evangelio de Marcos. Jesús es presentado como vehículo de los milagros, como una especie de portavoz, o una forma de llegar a los más necesitados, de esta otra posibilidad de vivir. En el caso de la mujer con flujo de sangre, ella es el protagonista principal, la que sabe lo que hace, lo que ha pasado, quién es responsable, y cómo. Todo esto queda resumido como “tu fe” en la frase de reconocimiento que pronuncia Jesús al final del episodio. En este caso, es realmente ella la que “causa” el milagro. Jesús es “meramente” el medio por el cual, primero, se realiza, y después es aprobado, pues, de nuevo, es la mujer que lo da a conocer.

LA MUJER SIROFENICIA (Mc 7,24-30)

En el tercer ejemplo, el aspecto, más interesante, de este episodio es el hecho de que Jesús no quiera hacer el milagro que finalmente hace. Sin duda alguna, puede hacerlo y, además, él es quién decide si el milagro se hará o no, pero hasta que

lo haga “a la fuerza”, por así decirlo, no quiere realizarlo. Finalmente lo hace porque pareciera no encontrar cómo evitar cumplir con lo pedido. Si no es que termine haciendo “a reniegadientes” el milagro que sana a la enferma hija de la mujer sirofenicia, es evidente que no logró poner a la mujer en el lugar donde buscaba ponerla. Por eso es que al final no tiene ni remedio ni evasión posible, sino que en base a su propia palabra “de honor” queda obligado a darle lo que pidió. Y eso es la sanación de su hija, la cual sólo se asoma en el último versículo del texto como ya quitada el demonio

Al comienzo de este episodio Jesús había llegado al territorio de Tiro, sin ganas de verse con nadie. ¿Por qué? El texto no aclara este deseo de auto-aislamiento, de escaparse un ratito de todo, para gozar de su refugio, o su disgusto socio-político, o su ansiedad, estando en el extranjero. Pero deja claro que “no quería conocer a nadie, y no pudo esconderse” (7,24: *oudena êthelen gnônai, kai ouk êdynêthê lathein*). Siempre puede que fuese sólo por andar demasiado cansado, como en otros momentos del evangelio de Marcos, cuando Jesús busca retirarse del “foro público” por un tiempito para recuperarse del trajín de su diario vivir, bastante cargado, de milagrero exitoso (véase 1,35; 6,46). Puede ser por otro motivo. Al final, no importa, porque su propósito no funcionó. Y esto es la razón, se supone, porque se pone, desde el primer momento de su encuentro con la mujer sirofenicia, de tan mal humor. Y su comportamiento sólo va de mal en peor. Pues a la mujer la trata en una forma “bien cochina.”

En cambio, a Jesús la mujer sirofenicia le muestra todo el respeto debido a una persona de renombre. Claro, a Jesús no lo deja tranquilo en su “escondite”. ¿Cómo sabría ella lo que él quisiera? Además, como la mujer con flujo de sangre, ella también andaba preocupada con un problema grave, que tenía que resolverse. Por eso es que al instante que se enteró de la presencia de Jesús en su lugar, que es el territorio de Tiro, ella va y, sin otro preámbulo, se postra a sus pies, pidiéndole sacar al demonio que se había apoderado de su hija. De nuevo, es un acto de decidida desesperación, el cual la mujer pone en marcha sin nunca perderse la valentía de actuar siempre con transparencia. No pretende ser lo que no es: “una mujer griega”, cuyo pueblo (*genos*) era “sirofenicio”, y en esta condición, según el texto, se fue y, sin más, pidió a Jesús, quién obviamente – es decir cultural, política, humanamente – no tendría por qué hacerle caso, que sanara a su hija.

Los dos protagonistas – tanto Jesús como la mujer sirofenicia – están, a la hora de encontrarse, el uno con la otra, ambos al borde de un cierto “ataque de nervios”, pues los dos son presentados en el texto, como necesitados de algo que hasta el momento no han conseguido. Jesús no ha logrado escaparse ni por un instante del peso de su creciente fama de curandero. Y la mujer sirofenicia todavía no ha logrado sacar al demonio que a su hija la sigue dominando. Y se

supone, por el énfasis que el texto pone en la identidad “helénica” de la mujer (7,26), que no hubo mucho interés de antemano de parte de ninguno de los dos protagonistas en tratar con una persona “de la otra banda”. De todas maneras, es evidente que Jesús está dispuesto a aprovechar el distanciamiento tradicional entre sus pueblos como excusa para no tener que hacer lo que no quiere hacer en aquel entonces. Pues está mal gustado con la madre que lo había sacado de su breve intento de tomar unas vacaciones, bien merecidas, y ahora se enfada en no darle nada a la persona que le había robado la tranquilidad, sin hablar de colaborar con “una de ellos”.

En este caso, todo depende de la respuesta de la mujer sirofenicia (véase 7,29: *dia touton ton logon ...*). Por su forma de devolverle el rechazo a Jesús, ella logra impedirle la negación de su pedido. El milagro que la espera, ya realizado, cuando ella regrese a su casa, es consecuencia directa de no haber aceptado que Jesús se lo niegue hacer. En otras palabras: ella es quien hace que el milagro se realice por su modo de argumentar con Jesús. Es decir por su uso de la razón. El milagro es fruto de su raciocinio sagaz, astuto, oportuno. Un milagro debido al buen uso de la retórica.

CONCLUSIÓN

En este artículo, he buscado mostrar cómo, en el evangelio de Marcos, cada uno de los tres milagros de Jesús que aquí son analizados, representa el rostro de Dios como experiencia de jubileo “a pesar de todo”. Representan el jubileo, se puede decir, en una forma bien limitada, pero todavía viable. Representan la vida de una persona “re-conquistada” ante el mundo hecho muerte viva. Constan la posibilidad de encontrar una salida donde supuestamente todo ya quedara cerrado, fichado, aclarado. Es decir ya terminado.

A esta forma de jubileo no se le da siempre la bienvenida. Por ejemplo, los que antes no pudieron “socializar” al endemoniado de Gerasa, no quieren, después de resuelto el mismo problema, que el responsable por la sanación quede entre ellos. El mismo Jesús no quiere hacer el milagro que le pide la mujer sirofenicia. Cuando finalmente se ve obligado a cumplir con su pedido, tampoco lo hace con mucho gusto. Cuando Jesús quiere saber quién le sacó el milagro que sana a la mujer con flujo de sangre, sus discípulos se burlan de su pregunta, poniéndose impacientes con la indagación sobre quién le habría tocado la ropa, pues debía ser obvio que no era sino la muchedumbre movida.

En cada uno de estos casos, ante un milagro como tema de debate, es el mundo conocido a que, mayormente, se sigue dándole preferencia, por malo que fuera, a costa de lo desconocido, aunque su aporte a la vida de una o de todos sea deseable. Ante tal credulidad, el milagro como jubileo “a pesar de todo” tiene que

imponerse (la mujer sirofenicia), ser “robado” y después, con miedo y terror, manifestarse ante la ignorancia dominante (la mujer con flujo de sangre), o quedar sospechoso por los cambios que introduce en el diario vivir (el endemoniado de Gerasa). Así el milagro se vuelve una apertura hacia otra realidad posible, queriendo no queriendo. Y esto es lo que lo hace, con tanta frecuencia, acto inquietante, poder suficiente para sanar lo que no tuviera remedio, lógica extraña que obliga hasta a Jesús mismo a cambiar los esquemas con los cuales solemos construirnos el mundo. Y eso es el jubileo.

THE MIRACLES OF JESUS AS JUBILEE IN THE GOSPEL OF MARK

Abstract: in this article, I discuss three of the miracles of Jesus in the Gospel of Mark as instances of “Jubilee,” which complicate our usual imagination of the miraculous. The texts in question are Mk 5:1-20 (the Gerasene demoniac); 5:24-34 (the woman with an issue of blood); and 7:24-30 (the Syrophoenician woman). The exegetical analysis of these texts underwrites a concept of miracle that would include generalized rejection, individual initiative, and obligation.

Keywords: Miracles of Jesus. Gospel of Mark. Jubilee. Gerasene demoniac. Woman with an issue of blood. Syrophoenician woman.